

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII

DIARIO DE LA NOCHE

NUM. 8637

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, y se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, A. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 40

Miércoles 31 de Octubre 1888.

CURA inmediatamente toda
Dismenterias, vómitos (de los niños y de las embarazadas), Colera, Tifus, Catarras y úlceras del estómago.
BISMUTO
de **CRISTO**
VIVAS PEREZ
DEPOSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

LA VOZ UNÁNIME DEL PAÍS

Lo imposible no puede ser, al menos en lo que alcanza al poder humano.

Y para el país contribuyente ha llegado el caso de no poder satisfacer las cargas que sobre él pesan.

De ahí el clamoreo general que los desdichados productores de todas las esferas, de todas las clases y de las diferentes opiniones políticas, levantan en todas partes.

El actual gobierno finje creer que esos clamores son exagerados y aún pretende explotarles alguno que otro partido político.

En cambio, los que hoy elevan su voz á los poderes públicos, saben de sobra que sus justas quejas no han de ser simpáticas á las eminencias de la política.

En nuestro pobre país hay gran costumbre de que los más, por ser sufridos, están supeditados á los menos, que son gritadores audaces.

No de otra manera se explica que constituyendo la población contribuyente y trabajadora las nueve décimas partes de la nación, estén siempre los destinos de la misma á merced de los que viven del presupuesto; porque la inmensa mayoría de los gobernantes, salidos de las universidades y de las redacciones de los periódicos, desprecian por completo la vida del pequeño propietario y del trabajador, y aun que muchos tengan su origen en esas clases, convencidos de que en la política y en la banca y en los negocios bursátiles es donde se medra, á ellos han dedicado su preferencia, pues aún los políticos que han llegado á ser grandes propietarios á la sombra de la ley arbitrariamente practicada, y ejerciendo su poderosa influencia, eluden en gran parte el pago de los impuestos.

La clase media y los pequeños propietarios son los que sufren de lleno la enormidad de las gabelas que pesan sobre los contribuyentes de buena fe, como son los que tienen su propiedad en provincias donde ésta se encuentra muy subdividida. Aquí la riqueza no puede ocultarse, y sus productos van casi en su totalidad, con diversos nombres y por diferentes conceptos, á parar á las arcas del Estado, para satisfacer las exigencias del presupuesto, merced al cual viven alegre y triunfalmente los empleados públicos en las grandes poblaciones, mientras los que les pagan arrastran una vida miserable en las localidades pequeñas, mal alimentados y vistiéndose mal, para aborrazar durante el trimestre lo que al empezar cada uno ha de llevarse el fisco.

En tanto que los productos han tenido regular salida y buenos precios, el país productor, sufrido por naturaleza y por

inclinación, ha callado y pagado los exorbitantes impuestos que continuamente inventan los que les iban á consumir.

Uno de los mayores males de esta nación es que las leyes de todas clases están confeccionadas por personas que serán muy eruditas y grandes oradores, pero que desconocen la vida práctica y las costumbres de la inmensa mayoría de los que tienen que regirse por ellas; así que en teoría son muy buenas, pero en la práctica resultan deficientes y detestables.

H y que los productos están poco menos que despreciados, el país productor no tiene más remedio que levantar su voz diciendo:

—No puedo más.

Y sea el Gobierno actual ó el que más tarde le suceda, tendrá que atender sus justas quejas, si no quiere consumir la total ruina de la Nación.

Variedades.

71'40.

(A MI DISTINGUIDO AMIGO DON A. D. L.)

—71'40!

Al decir estas palabras, Luis Ortega dio un salto en la cama, estrujando, medio loco de alegría, el número de *El Occidente* que tenía entre las manos.

—71'40!—repetía maquinalmente.—Eso es! La predicción se cumple en todas sus partes! ¡Oh! Lo que es tener buenos amigos! ¡71'40! ¡Qué cifra tan hermosa! ¡Qué números tan bonitos! ¡Hasta la coma que los separa parece un acento... Lo parece y lo es. Un acento, sí, imagen de que mi suerte se acentúa, símbolo misterioso que separa unas cifras de otras en el papel, y que aquí, en mi cerebro, separa el hoy del mañana, la mediana del día antes y el caudal del día siguiente... ¡71'40!—decía cogándose materialmente á la campanilla de su cuarto, para que viniera el criado tan de prisa como le llamaba su deseo—71'40!....—

Llegó el criado.

—¡Aguá! ¡mis botas! ¡mi ropa!...

—¿Qué tomará el señor para desayunarse?

—Nada... Tengo que salir inmediatamente.

Y mientras el criado se alejaba con satisfacción, Luis Ortega seguía hablando para sí:

—Desayunarme!... ¿Para qué? No puedo perder tiempo... Tengo miedo á que mi telegrama llegue tarde... Mi agente lo espera, no hará nada sin orden mía; pero así y todo tengo que andar á prisa... 71'40... eso es—dijo volviendo á coger el periódico que estaba arrojado entre las ropas del lecho.—Eso es, 71'40!....—

Y mientras se vestía precipitadamente, recordaba las palabras que días antes de su salida para Madrid había deslizado á su oído Ramírez, el buen Ramírez, su mejor amigo, su amigo de la infancia, que pasaba por ser agente de Bolsa del ministro, enterado de todos los secretos gubernamentales que un día, en un momento dado, hacen oscilar la Bolsa, y convierten á los ricos en pobres y hacen á los pobres ricos.

—Mira, Luisito,—le había dicho Ramírez,—tú eres bueno y cariñoso y muchos días en que yo no tenía que comer y tú no andabas muy sobrado has partido conmigo el pedazo de pan que apenas bastaba para ti solo. Has hecho fortuna, pero no tanta como te mereces. Hoy yo estoy en disposición de de-

volvarte parte de los beneficios que de tí tengo recibidos. Voy, pues á darte un buen consejo, y aprovéchale y no seas tonto.

Luis Ortega le había dado las gracias y un abrazo muy apretado, muy fuerte, porque Ramírez es un buen muchacho que se acuerda del bien que se le ha hecho.

Y había prestado oído atento á las instrucciones de Ramírez, porque eran instrucciones más que otra cosa lo que el buen Ramírez le daba en voz baja, y mirando á todas partes por miedo á que algún indiscreto le escuchara.

—Ya sabes que el gobierno tiene pendiente la grave cuestión del empréstito para Cuba.

—Sí, lo sé.

—Bueno, pues oye: este proyecto presenta tales dificultades que, para hacerle pasar, el gobierno va á hacer uso de un ardid de guerra: va á darle por desechado, sin perjuicio de proseguir las operaciones bajo cuerda; así pasarán unos cuantos días. Al cabo de ellos, cuando el empréstito esté firmado, se hará pública la solución.

—Pero eso es impopular.

—¡Pche! El gobierno lo cree beneficioso, y arrostra la impopularidad. Pero no se trata de eso. Como comprenderás perfectamente, hoy la Bolsa, que es enemiga del empréstito, baja: á los primeros ruidos de dificultades, se estaciona, y cuando crea desechado el proyecto, sube; cuando sepa que está firmado, la reacción se hará y la baja será espantosa. ¿Entiendes?

¡Vaya si entendía Luis Ortega! Claro se podía ver eso en el brillo fosforescente de sus ojos, la animación de sus mejillas, la movilidad extraordinaria de su cuerpo mientras Ramírez le hablaba. Asió una mano de su amigo, y apoyada la tuvo sobre su corazón hasta que Ramírez dejó de hablar.

—¡Oh! Ramírez, mi buen Ramírez, ¡cómo podré pagarte!...

—Queréndome, y no diciendo una palabra de esto á nadie, á nadie absolutamente... Por tí revelo un secreto de Estado, cometo casi, y sin casi, una traición... Ahora, obra en consecuencia.

—Esta tarde parto para Madrid.

—¿Y para qué? ¿No tienes tu agente?

—Sí, pero...

—Pues con él basta. Le telegrafías y no necesitas más. De ese modo, no viéndote allí, nadie podrá sospechar nada...

—Tienes razón, haré lo que tú quieras; ¡qué bueno eres para mí!

—No lo olvides: cuando empiece á subir, á 71 y céntimos, compra; cuando llegue á 75, vende.

Los dos amigos se abrazaron; Ramírez salió aquella noche para Madrid, y Luis Ortega se quedó en Zarauz, esperando el día en que la cotización le señalase el momento preciso para comprar. Ese día había llegado ya. Allí estaba *El Occidente*, y en *El Occidente* la cotización del día anterior. La Bolsa había cerrado á 71'40... Era llegado el momento de comprar.

Luis Ortega acabó de vestirse, fue al telégrafo, y puso un telegrama á su agente «N. N. Madrid, compre V.»

Aquella misma tarde recibió la contestación. La orden estaba cumplida.

¡Con qué placer se acostó aquella noche! ¡Ramírez! ¡El buen Ramírez! Es verdad que le quería mucho, que había hecho algo por él, pero ¿cómo podría pagarle ahora el caudal que así le regalaba!... Durmióse tras una noche agitada.

Al despertar, pidió *El Occidente*, fue á ver la cotización, y no pudo contener un grito de asombro: la cotización marcaba la misma cifra: 71'40.

—¡Oh!—se dijo Luis Ortega—Decididamente la fortuna se declara por mí. Ayer no opeñé más que parte de mi capital en la operación, y la suerte me da tiempo, cuando ya estaba arrepentido.

Y nuevamente fue al telégrafo, y otra vez telegrafió á su agente: «¡Compre V!»

Al otro día, igual sorpresa; el papel seguía á 71'40.

—Esto es que las dificultades son mayores que se creían en un principio, y el secreto se guardaba por más tiempo.—Se le ocurrió una duda:—¿Habrá surgido algún entorpecimiento?...—Pero desechó la idea. Se lo hubiera telegrafiado Ramírez.

Y Luis Ortega, que había expuesto ya toda su fortuna, comprometió la de su mujer.

—¡Oh! será rico, muy rico!—dijo.—Y de nuevo telegrafió á su agente: «Compre V.»

A las dos horas recibió un telegrama urgente. Su corresponsal pedía rectificación de la orden recibida.

—¡Qué bruto!—dijo Luis Ortega.—Y por sí mismo rectificó su telegrama anterior: «Compre V.»

Al día siguiente lo mismo. La Bolsa se había estacionado. Por lo visto el secreto continuaba. Y Luis Ortega, que ya no comía, ni bebía, ni dormía agitado por la fiebre, comprometió lo único que le quedaba: un pequeño capital que ante las contingencias del porvenir en su vida de bolsita, había reservado para sus hijos. «Compre V.»—telegrafió de nuevo. Y de nuevo recibió otro telegrama concebido en estos términos:—«No comprendo insistencia. Juego declarado. Ruina segura.»

—¡Pobre hombre!—decía Luis Ortega—¡Claro! ¡El no sabe lo que pasa! El no es amigo de Ramírez.

Y le contestó:—No pase cuidado; sé lo que hago; compre V.»

A la mañana siguiente era lunes, y no tuvo periódico. Por la tarde recibió un telegrama de su agente: «Venga V. primer tren; hay que pagar.»

¡Pagar! ¿Qué quería decir esto? Conyulso, sin saber á qué atenerse, Luis Ortega arregló su maleta, tomó el tren, llegó á Madrid, y sin pasarse por su casa, se dirigió á la de su agente.

—¿Qué sucede?

—Que se ha salido V. con la suya. Que cumpliendo sus órdenes rectificadas he comprado á 71'40, á 72, á 74 y hasta 75, y que como era de esperar, ha bajado á 68, y hay que abonar las diferencias.

—¿Está V loco?

—Aquí tiene V. la locura—decía el agente, mostrándole un rollo de papeles.—Ahí la tiene V. No me ha hecho V. caso...

—Pero el empréstito...

—El empréstito se ha hecho. Primero se dijo que habían surgido dificultades, y los fondos se estacionaron; luego que ya no se hacía, y subieron. De pronto se sabe que está firmado, y han bajado á 69. Ahí tiene V. la tización de ayer.

Luis Ortega no sabía lo que pasaba. Una nube pasaba por delante de sus ojos y los empañaba. Lo que su agente le decía era la ruina, la miseria, la miseria para él y para sus hijos. Había perdido la fortuna de su mujer y la de sus hijos todo, todo! No le quedaba nada. ¡Gracias que vendiéndolo todo tuviera para pagar las diferencias, y no viera hundirse su honor en el golfo que ya se había tragado su capital.

Salió de allí y se dirigió á la redacción de *El Occidente*, cuyas cotizaciones le habían servido de guía. Estuvo hablando con el director.

—Sí, ya comprendo,—le dijo éste—yo he